

## Austeridad, pero con excepciones

En los tiempos que corren, todos los políticos nos llaman a la austeridad. Bueno, a nuestra austeridad, porque lo que es a la suya, ya es otro cantar.

Nos dicen, nos insisten, en la necesidad de contener el gasto público y que por ello debemos aceptar sacrificios.

Pero en el mes de agosto llega el Papa, y la cosa cambia. Nos olvidamos de la austeridad y tiramos la casa por la ventana. Nada menos que un presupuesto de 50 millones de euros, a los que hay que sumar otros 30 más de servicios públicos, para financiar la visita papal desde el jueves 18 al domingo 21. Una media de 20 millones de euros diarios ¡¡Toma austeridad!!

Uno sigue sin entender ¿Por qué tiene que ser financiado con dinero público un evento particular de una confesión religiosa? Se supone que este es un estado aconfesional, y necesariamente tiene que serlo si pretendemos que sea democrático. Aunque a mi, particularmente, me parece una solemne estupidez creer en un dios (sea cual sea), es muy cierto que cada cual es libre de cometer las estupideces que desee. Este es precisamente la base de la democracia. Y por el mismo motivo ese derecho se autolimita al no permitir a nadie imponer sus creencias a los demás. Por ello las instituciones públicas deben quedar totalmente al margen de cualquier expresión de religiosidad.

Los creyentes son libres de realizar todos cuantos actos deseen, sin causar molestias al resto de la ciudadanía por supuesto; pero con su dinero, no con el dinero público. Es muy simple, si quieren financiar la visita papal, que se "rasquen" el bolsillo. Y si no, que lo pague el Vaticano. Después de todo, esos actos son puro proselitismo.

Y otra cosa, nadie niega el derecho de asistir a estas concentraciones a los políticos que así lo deseen, pero como acto personal y particular, no en representación pública. Los cargos que ostentan son una representación del conjunto de la sociedad; por tanto, tan representantes son de católicos como de protestantes, judíos, musulmanes, etc., incluyendo agnósticos y ateos. No tiene, por consiguiente, derecho a hacer ostentación de su cargo en ceremonias religiosas. Se atribuyen una representación de la que carecen.

El liderazgo espiritual del Papa solo es reconocido por sus adeptos. A los demás ni nos va ni nos viene lo que este hombre tenga que decir. Todo lo más para criticarle y resaltar las contradicciones y tonterías que dice. Por ello ni nuestro dinero, en forma de impuestos, debe

servir para la financiación de su estancia y actos, ni los cargos electos por la sociedad deben rendirle pleitesía.

Resulta ridículo que las administraciones públicas demuestren tal sumisión ante un personaje que, ante todo, representa todo lo contrario a los principios democráticos, que se supone defienden dichas administraciones. Y un claro ejemplo de la función real de la iglesia se trasluce de las palabras del cardenal Rouco Varela, en recientes declaraciones sobre el movimiento 15-M, en el que, según él ***"muestra a jóvenes que no conocen a Dios, no conocen a Cristo...Se encuentran con las vidas rotas, y si las soluciones temporales y materialistas no funcionan, como no están funcionando, el fracaso está servido, y la rebelión también, y el desconcierto todavía más"***. Y es que a veces se les escapa lo que de verdad llevan dentro y aflora cual es el objetivo real de la religión: la sumisión del pueblo ante el poder. Es lógico pues que al Sr. Rouco Varela no le parezca bien el movimiento 15-M. Tan lógico que no le presta atención y no se da cuenta de que los apoyos al mismo no proceden únicamente de los jóvenes, a los que él acusa poco menos que de "peligrosos revolucionarios". El Sr. Rouco Varela forma parte de esa España conformista y conservadora a ultranza, a la que ya le va bien dejar las cosas como están. Esa España que acudirá a oír los mensajes rancios con que, indudablemente, el Papa nos obsequiará en esta nueva visita, un Papa que, no lo olvidemos, fue prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, es decir la Inquisición 2.0, toda una tarjeta de presentación.

Después de todo, no han cambiado mucho las cosas. La iglesia sigue basándose en sus dos pilares preferidos: obediencia ciega y parasitismo social.